

palabra, temerosos todos de la pena impuesta al que hablase.

—¿Cómo te llamas?, preguntó el papa Sixto V.

—Brisca.

—¿De dónde eres?

—De San Remo.

—¿Qué oficio tienes?

—Marinero.

—Sabes la pena que se impuso al que hablase?

—La sé; pero he preferido arriesgar mi vida porque no la perdiesen cuantas personas presenciaban la operación, pues iban á quedar aplastadas por el obelisco.

—¿Qué premio quieres por el bien que has hecho?

—Para mí, ninguno, santísimo Padre; pero quisiera para mi pueblo el privilegio de la venta de las palmas de Semana Santa; porque en mi pueblo hay muchísimas, santísimo Padre.

—Concedido, contestó el Pontífice, para mí y mis sucesores.

Tal es la historia de las palmas de San Remo.

El obelisco que está hoy en la plaza de la iglesia de San Pedro, estaba antes en el Círculo de Caligula y Nerón, y fué trasladado en dicho punto por orden del Papa Sixto V.

*(Se continuará.)*

